

viene la *igualdad*, es decir, la destrucción de las clases, lo cual equivale á la disolución de la sociedad; que tanto valdría desmembrar el cuerpo humano, decretando que el pié es igual á la cabeza y el corazón al estómago. Añadid á eso la *separación de la Iglesia y el Estado*, que implica que todos los cultos son igualmente buenos y todas las religiones igualmente verdaderas: ¿no es eso arruinar la religión en su esencia? En los tiempos modernos se ha inventado todavía una nueva libertad, la de las *nacionalidades*, que aniquila el derecho de gentes y entrega la humanidad al imperio de la fuerza bruta. Ya no queda por destruir más que la propiedad, y eso vendrá. ¿Quién no recuerda la famosa frase de Proudhon: *la propiedad es el robo*? Este mismo revolucionario ha dicho también que *Dios es el mal*. Hé ahí la última palabra de la Revolución. ¡Nada de Dios! ¡Nada sino la voluntad desordenada de los individuos! (1).

Los reaccionarios prefieren el absolutismo. No se sabe bien si el absolutismo político inspira sus creencias religiosas, ó si las creencias religiosas les han infundido la pasión por el poder absoluto. Mas lo cierto es que, en religión como en política, quieren el despotismo. Su Dios es un déspota que gobierna á la humanidad por medio de sus elegidos, los ungidos del Señor; las masas deben una obediencia ciega á esos vicarios del Cristo. Sólo en un punto difiere el protestantismo ortodoxo del cristianismo romano: en vez de un vicario único de Dios, hay tantos como pastores. Dios es también el Señor absoluto en el orden político, en el cual tiene también sus ungidos, sus vicarios, los príncipes por la gracia de Dios; y los pueblos les deben una ciega obediencia. Ya veremos cuáles de estos vicarios predominan en caso de conflicto, si los temporales ó los espirituales; mas ante todo necesitamos ver quiénes son estos vicarios temporales. No se trata solamente de los reyes; la Escritura dice que se debe respetar á las autoridades establecidas, lo cual significa que todo lo que tiene autoridad sobre los hombres viene de Dios. Ahora bien, Alemania tiene la fortuna de poseer pequeños señores, último resto del vasallaje feudal, á quienes se llama *gavilanes* para marcar la enorme distancia que los separa de las águilas que anida-

ban en la Edad Media en rocas inaccesibles. La burguesía, los hombres de la industria y del comercio, los que se llamaban villanos en los bellos tiempos pasados deben humillarse ante esos altos y poderosos varones. ¡Hé ahí el ideal político del protestantismo ortodoxo! (1).

Tengamos el gusto de oír á uno de esos altos y poderosos señores que trasforman sus privilegios en derechos divinos. Creíase en otro tiempo que el cristianismo era una religión de igualdad, y se tributaba al Evangelio el honor de haber destruido la esclavitud, así como el régimen de las castas nobiliarias. Mas un *gavilán* prusiano nos enseña que Jesucristo no pudo cumplir su obra sino con el auxilio de la nobleza. ¿Queréis las pruebas? Hé aquí una que es concluyente. Los sabios ó reyes del Oriente que vinieron á visitar á Jesús en su cuna eran ciertamente hombres de una elevada alcurnia. ¡Pues bien, sus presentes fueron los que proporcionaron al padre de Jesús los medios para huir á Egipto! (2). Como la nobleza prestó un servicio tan eminente al niño Jesús, el Hijo de Dios no puede ménos de mostrarse reconocido. Hé ahí por qué ha colmado de gracias á la aristocracia prusiana; y como se ve, no ha olvidado los dones de la inteligencia. ¡Hay, pues, estúpidos por la gracia de Dios, y á ellos pertenece el imperio del mundo!

## V.

Diráse que hacemos la caricatura del protestantismo ortodoxo, y que rebuscamos lo que hay de más necio en sus doctrinas y de más estúpido entre sus partidarios; pero nada de eso: los hombres más inteligentes se entontecen cuando se hacen los defensores de la ortodoxia y del despotismo. ¿Cómo conservar la inteligencia, cuando se fraterniza con los *gavilanes*? Stahl no es un espíritu vulgar; judío de raza, adquirió por sus trabajos sobre el derecho natural una gran reputación. Se le acusa de ser un sofista, lo cual es reprocharle el ser reaccionario, porque es imposible sostener una mala causa de otra manera que con sofismas. No es Stahl el único hombre distinguido que haya puesto su talento al servicio de la ortodoxia protestante. Bajo la in-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, páginas 244, 248.

(2) VON KLEIST-RETZOW, *über den Adel und die Kirche* (SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1866, p. 333).

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 246 y siguientes.

fluencia de la reacción política que siguió á la caída del imperio, se enamoraron los Alemanes de la Edad Media; ¡y si á lo ménos se hubieran prendado del espíritu de libertad salvaje que animaba á la aristocracia feudal! Pero no, se entusiasmaron con la unidad católica, sin advertir que, si esta unidad pudiera realizarse, sería la tumba de la libertad. Juntad á esta torpeza política la ceguera de la fe, y comprenderéis las extravagancias del protestantismo ortodoxo.

Puede excusarse la manía por la Edad Media en los poetas que no conocen la historia sino por su imaginación; pero ¿qué pensar de los historiadores protestantes que se enloquecen con el papado y la feudalidad? Comprendemos que el movimiento industrial y comercial de las sociedades modernas tenga poco atractivo para la imaginación alemana; empero un historiador debiera saber que vale más el desarrollo de la riqueza pública que presenciámos en el siglo XIX que la miseria del XII; y en efecto, si la libertad ha llegado á ser el derecho común de las masas, á la industria y al comercio se debe. ¿No son los municipios la cuna de la libertad moderna? Y ¿qué fué, sino el comercio y la industria, lo que prestó fuerza á los humildes burgueses para luchar contra la feudalidad? Leo no ama nuestro estado político ni nuestro estado social; prefiere los privilegios de las clases al derecho común de los ciudadanos. Pase que los privilegiados sean de esta opinión; pero mucho dudamos que encuentre Leo partidarios en las clases dependientes. Él mismo es acaso un descendiente de aquellos villanos que tenían que golpear en los estanques para impedir que las ranas turbasen el sueño de sus nobles señores: ¿estaría dispuesto á dejar su cátedra de historia para traquear los estanques de los *gavilanes*, sus amigos?

Lo que Leo ama sobre todo en la Edad Media es la Iglesia, y le arrebató la admiración á Gregorio VII é Inocencio III. Según él, nosotros, hombres del 89, somos liliputienses en comparación de aquellos gigantes. Juzgad del árbol por sus frutos, dice la Sagrada Escritura. ¿Cuál fué la obra tan admirable de los papas de la Edad Media? Por nuestra parte hemos hecho justicia á su grandeza (1): fueron los héroes del catolicismo, y la religión católica ha tenido una elevada misión en el

(1) Véase el *Estudio sobre el Pontificado y el Imperio*.

desarrollo de la humanidad. Pero ¿no ha tenido también el protestantismo una misión gloriosa? ¿Cómo se explica que tengamos que hacer esta pregunta á un historiador protestante? Los mismos enemigos de la Reforma reconocen la importancia de la revolución religiosa que Lutero tuvo la gloria de inaugurar. Lacordaire decía con una especie de terror: "El protestantismo no es una herejía ordinaria; no negaba sólo un dogma particular, sino la *autoridad misma*." ¿Tenía razón Lutero al negar la *autoridad*, tal como estaba encarnada en la Roma pontificia? ¿Qué habría sido de Europa, qué de la humanidad bajo el régimen de esa *autoridad*? Lamennais dice que la palabra *libertad* no habría ya tenido significación, y que habría desaparecido del lenguaje de los hombres. ¡Y esa autoridad que mata la vida en su principio es lo que quisieran restaurar los reaccionarios protestantes!

El medio de realizar este ideal es bien sencillo: que abandonen los protestantes ortodoxos el protestantismo y vuelvan al seno de la Iglesia donde reina la *autoridad*. Cuando uno lee lo que ha escrito Leo sobre la historia moderna, á partir del siglo XVI, se siente tentado á creer que el historiador protestante se lamenta de la revolución á que Lutero dió su nombre: trata al monje sajón de demagogo; le reprocha el no haber comprendido la magnificencia del edificio que con tanta imprevisión demolió; le acusa de haber inaugurado la era de la insurrección universal; dice que el pretendido sacerdocio de todo fiel es la fórmula teológica de la soberanía del individuo, y sabido es que eso es la abominación de la desolación para los protestantes ortodoxos (1). La Iglesia luchó durante más de un siglo para mantener su autoridad. ¿Qué hace Leo, historiador protestante? Se decide por Felipe II contra los Belgas insurrectos, se pronuncia por la Liga católica contra Gustavo Adolfo. Todas sus simpatías están de parte de Roma. ¿Por qué no va allí á abjurar sus errores?

## VI.

Entre tanto que la lógica lleva á los protestantes ortodoxos á dar ese último paso, hacen todo el mal posible á la causa de la Reforma, que es hoy

(1) LEO, *Universal-Geschichte*, t. III, p. 141.

la del libre pensamiento. Sin la libertad no tienen ya razón de ser los protestantes; si la autoridad es su ideal, pertenecen desde luego á la Iglesia; y en realidad, son sus auxiliares, íbamos á decir sus cómplices, en la lucha á muerte que existe entre lo pasado y lo porvenir. Si aparentan seguir todavía el gran movimiento que data de Lutero, es para hacerle traición. Con clamores de triunfo se acoge en el campo católico esa glorificación del catolicismo y de la Iglesia: es, se dice, una confesión que arranca á los enemigos la fuerza de la verdad. Ya que éstos pretendidos enemigos son en el fondo aliados que sirven tanto mejor la causa de Roma, cuanto son en apariencia adversarios, es bueno que haya hombres decididos que digan en alto lo que los prudentes se contentan con decir en voz baja. Tal es Vilmar, el fogoso reaccionario, que no retrocede ante nada, ni aún ante sus propias contradicciones; ¡y Dios sabe si son patentes! Se entregó de lleno al movimiento demagógico del 48, y, sin embargo, era ya ortodoxo. Esto hace recordar á los demócratas tonsurados que bendijeron en Francia los árboles de la libertad bajo el reinado de la república roja y cuyo frenesí republicano no duró largo tiempo: los abates demócratas se hicieron capellanes del emperador. Y no hay que acusarlos de haber cambiado de bandera; su verdadera bandera es la de la fuerza: ¡Viva el vencedor! La reacción en Alemania fué todavía más pronta; los demagogos de la víspera fueron los absolutistas del día siguiente. Vilmar no fué el último. Vitupera lo que había exaltado con una facilidad de conciencia que asombra aún en nuestro tiempo. El año 48 se convirtió en año de vergüenza; y los que habían tomado parte en aquel movimiento, generoso en su inspiración, fueron tratados por los suyos de criminales y de locos: Vilmar les da á escoger entre el presidio y el hospicio. En 1848 había celebrado la declaración de derechos promulgada por la asamblea de Frankfurt: era oro puro, eran las joyas más preciosas de la nación alemana. El oro puro se trocó bien pronto en vil plomo; en 1851 condenaba Vilmar los *derechos del hombre* como un grosero atentado contra la ley de Dios.

¿Qué es esa ley de Dios? Vilmar y la ortodoxia protestante se vieron puestos á prueba en el ducado de Hesse. El régimen del duque bajo el ministerio del famoso Hassenpflug era una verdadera

depravación de absolutismo. Violó la constitución. ¿Qué importa? Era su derecho. La violación de la ley fundamental provocó una resistencia que no traspasó jamás los límites de la legalidad; y los magistrados que osaron quedar fieles á su juramento, y los oficiales que prefirieron su honor al favor del príncipe, y cuantos, aunque respetando la autoridad del duque, se opusieron á sus actos arbitrarios, fueron tratados con una brutalidad sin ejemplo. Y ¿quién excitó al príncipe á violar la constitución? ¿Quién le gritaba todos los días y en todos los tonos: "Landgrave, sed duro?", Vilmar, el jefe de la Iglesia protestante en el ducado de Hesse.

Decididamente rivalizan con los ultramontanos los ortodoxos protestantes. En Francia también aplaudieron el golpe de Estado los que habían bendecido los árboles de la libertad. Difícil es decir quién mostró más cinismo: nosotros creemos que los protestantes ortodoxos. Un escritor alemán, pastor perteneciente al protestantismo liberal, dice que el espíritu del mal se puso la máscara de la religión (1). Jamás se ha visto un espectáculo más repugnante. Nos indignan las brutales violencias de Hassenpflug, mas es porque no entendemos nada del derecho divino. ¡Así, Dios aprueba la violación de los juramentos! ¡Dios se hace partidario de la violencia contra el derecho, de la iniquidad contra la justicia! ¡Y en nombre de Dios se propalan esas abominables doctrinas! Muere el ministro culpable, y su cómplice pronuncia la oración fúnebre. El que había pisoteado todo derecho, toda justicia, fué celebrado como el hombre de fe, como el fiel servidor de Dios; y sus violencias más inexcusables se transformaron en actos de piedad, porque todo lo que hizo, lo hizo como órgano de Dios. Tomar el nombre de Dios en vano es, si no nos equivocamos, un pecado, según todos los catecismos. ¿Qué decir de los reaccionarios protestantes que hacen á Dios cómplice de un bandido? Razon tiene Vilmar, en verdad, para rehabilitar al diablo. Pretendía haberlo visto. Si nosotros creyéramos en el diablo, diríamos también que lo vemos, no con los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu, en el protestantismo ortodoxo (2).

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 188.

(2) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 285-288.

## VII.

Llámeselo diablo ó no, es lo cierto que hay en el protestantismo ortodoxo un vicio que infecta la religión y la pervierte, y es el carácter político del movimiento. Hé ahí otro rasgo de semejanza entre el catolicismo romano y la religión protestante. En los países católicos, los defensores de la Iglesia descienden á la arena política. Aquí predicán el respeto de la autoridad, exaltan la monarquía como la forma de gobierno que Dios prefiere, bien entendido mientras los príncipes consienten en ser los instrumentos del clero; allá tienen siempre la palabra libertad en los labios, y creérselos demócratas por excelencia si no nos enseñase la historia que libertad en la boca de la Iglesia quiere decir dominación. Con frecuencia los mismos hombres son republicanos hoy y absolutistas mañana. Cuando los campeones de la Iglesia desprestigian así la causa que defienden, ¿cuál ha de ser el destino de la religión? En todas partes se hallan en oposición con los votos, las necesidades y los instintos de las poblaciones; sus adversarios políticos se hacen necesariamente enemigos de la religión, en cuyo nombre se predicán doctrinas antipáticas á la conciencia general; y ese es el veneno oculto en el protestantismo ortodoxo como en el catolicismo romano, causa de decadencia y de ruina para el cristianismo tradicional.

Háse dicho que las gentes á lo Veillot eran los enemigos más peligrosos del catolicismo de que se hacen defensores, y otro tanto puede decirse de los reaccionarios protestantes. El ultramontano francés comenzó por ser demócrata, y después, cuando sopló viento favorable á los golpes de Estado, se hizo absolutista. Heugstenberg fué durante años partidario decidido del poder absoluto, porque los reyes de Prusia parecían ser dóciles instrumentos de la reacción protestante; no había entonces súbdito más leal que el redactor de la *Gaceta eclesiástica*; predicaba el absolutismo de derecho divino, encontrándolo consagrado en los mandamientos de Dios: la ley, decía, que nos obliga á respetar á nuestros padres, nos obliga al mismo respeto hacia el soberano. Heugstenberg reconocía de buen grado en el príncipe la supremacía sobre la Iglesia: ¿qué más podía desear que la protección del poder público? Justificaba á su manera esta su-

premacía por la voluntad de Dios: el Espíritu Santo, decía, puede iluminar más fácilmente al príncipe que á una masa de electores y de elegidos (1). Antiguamente se tenía una idea más elevada del poder divino; pasaba como axioma que la voz del pueblo es la voz de Dios, y se creía que nada es difícil para el que es Todopoderoso; por mejor decir, Dios no está fuera de la humanidad, está dentro de la humanidad; inspira, por consecuencia, á los pueblos, y bajo esta inspiración marcha hacia el término de sus destinos. ¿Qué es, en presencia de este derecho verdaderamente divino, la voluntad arbitraria de un príncipe, viciada por añadidura con las adulaciones de las gentes de la Iglesia?

Conocido es el deplorable conflicto que estalló en Prusia entre el soberano y los representantes de la nación, y sabido es el cinismo con que el príncipe y sus ministros se burlaron de los votos del pueblo; mas lo que apenas se sabe en el extranjero es que las gentes de Iglesia, los protestantes ortodoxos, incitaron al rey á violar la constitución y aplaudieron todas las ilegalidades, todas las violencias del gobierno. Heugstenberg sostuvo el poder absoluto del príncipe; declaró que la Iglesia, obligada por el reconocimiento, debía tomar siempre partido por la monarquía, y no retrocedió ante la inmoralidad política más desenfadada. El rey había prestado juramento de mantener la constitución; mas no importaba: el juramento era en verdad obligatorio, como todo juramento, pero no obligaba al rey. ¡Así el juramento liga y no liga, según los caprichos del soberano y según los intereses de la reacción protestante! Y dicho se está que la *Gaceta eclesiástica* seguía en toda Europa el partido de los reyes contra los pueblos. Italia era, sobre todo, objeto de furiosos ataques: el diablo en persona reinaba en ella, salvo en el reino de Nápoles, donde quedaban todavía cuadrillas de bandidos fieles á Dios; ¡y cuando en América levantaron los Estados esclavistas la bandera de la rebelión contra la Unión, Heugstenberg se pronunció en favor de los propietarios de esclavos! (2).

Por una ironía de la suerte, este rabioso defensor del poder absoluto pasó de la noche á la mañana á ser un rabioso revolucionario. El Espíritu

(1) *Die evangelische Kirchenzeitung*, 1832, p. 11.

(2) BAUR, *Kirchengeschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, página 428 y sig.—SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, página 84 y siguientes.

Santo dejó de inspirar al rey, y naturalmente las gentes de Iglesia se atienen al Espíritu Santo. Hay en la Escritura una sentencia de que abusan singularmente los católicos: el apóstol dice que se debe obedecer á Dios ántes que á los hombres. Heugstenberg había olvidado esta santa máxima mientras el rey se había contentado con violar la constitucion; mas cuando el rey comenzó á resistir á las exigencias del protestantismo ortodoxo, el Espíritu Santo iluminó súbitamente á la *Gaceta eclesiástica*, que entónces se acordó de que era preciso obedecer á Dios ántes que á los hombres. Se había engañado al buscar apoyo en los príncipes: "No son sino hombres, decía, ¡y desgraciado del que pone su confianza en los hombres, porque su brazo no es más que carne!," Hé ahí, pues, la alianza rota. Quedaba el cuarto mandamiento de Dios, que la *Gaceta* había durante tanto tiempo invocando en favor de la monarquía: ¿qué iba á hacer de él? Heugstenberg olvidó el cuarto mandamiento y los comentarios que de él había hecho; olvidó que el rey era el vicario de Dios, y el súbdito leal se convirtió en un revolucionario, pero revolucionario á la manera de las gentes de la Iglesia, que dan el veneno en forma de agua bendita. Error sería tenerle aversion por esto; no es él quien habla, es Dios quien habla por su boca (1).

Dios era también quien había hablado por su boca cuando invocaba á cada instante el cuarto mandamiento; Dios es, por consecuencia, unas veces absolutista, otras revolucionario. ¿Por qué Dios y Heugstenberg hicieron la guerra al rey de Prusia? Propuso el gobierno establecer el matrimonio civil, no como regla general, sino como una simple facultad; y era el único medio de poner á los disidentes al amparo de las intrigas ortodoxas. ¿Es creíble que una medida tan justa fuera atacada por la *Gaceta eclesiástica* como un atentado contra la fe? Cosa digna de notarse: los ortodoxos protestantes razonaron como los católicos ultramontanos. En otra parte demostramos que los obispos y los papas protestan contra la libertad religiosa, porque esta libertad ataca la libertad de la Iglesia (2). La *Gaceta eclesiástica* clamó contra la violacion de la conciencia de los verdaderos creyentes, por-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 86.  
(2) Véase el Estudio sobre la Iglesia y el Estado despues de la Revolucion.

que se permitía á los disidentes contraer matrimonio civil. Esto caracteriza á la ortodoxia: protestante ó católica, necesita la dominacion para ser libre. Es decir, que para que los luteranos sean libres en Prusia precisa que los calvinistas sean esclavos; y si no se les da la dominacion, se consideran oprimidos y se sublevan. Así, aquel súbdito leal que había explicado tan perfectamente el cuarto mandamiento proclamó que no se debía obedecer al príncipe sino mientras el príncipe hiciera la voluntad de Dios, tal naturalmente como la interpretará su profeta Heugstenberg. Si un mandatario era infiel á su mandato, perdía por esto mismo su autoridad; y desde este momento era un deber de conciencia resistir y excitar á todos los creyentes á la resistencia (1). ¿Quién decidirá si el mandatario es infiel? Los ortodoxos protestantes y su órgano, la *Gaceta*. Es el derecho de revolucion trasladado del pueblo á los pastores. Pudiera uno reirse de esto como de una parodia del catolicismo, si esa ridícula presuncion no viciara la conciencia pública ni destruyera el respeto del cristianismo tradicional.

#### VIII.

Diríase que todos los ortodoxos trabajan á porfía por la ruina del cristianismo. El papa manifiesta al mundo cristiano que el catolicismo es inconciliable con la civilizacion moderna: pronuncia la oracion fúnebre de la Iglesia. Pero á lo ménos el papa hace las cosas en grande. Veamos la obra de los papas protestantes. Comparando su pequeñez con el poder que combaten, se recuerda á los liliputienses; la humanidad los aplastará al primer movimiento que hagan. El rey de Prusia está en lucha contra los representantes de la nacion: es la arbitrariedad monárquica que se subleva contra la soberanía nacional. ¿Qué tienen que hacer los pastores en este debate? Oigámoslos:

"¡Majestad real! Debemos orar todos los domingos por el parlamento; pero no sabemos cómo conciliar este deber con los excesos á que se entrega la cámara de los diputados. ¿Podemos en conciencia elevar nuestras preces á Dios en la forma habitual mientras dure el presente conflicto? Al levantarse contra el rey, la cámara se rebela con-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 87.

tra Dios, pues que viola el mandamiento que obliga á los súbditos á honrar á su príncipe como los hijos deben respetar á su padre; y desde este momento la cámara misma se pone fuera de la Iglesia. ¿Nos será permitido orar por los que están excomulgados por Dios? Lo cierto es que en este escándalo público, nosotros, los pastores, que tenemos la mision de predicar la palabra de Dios, no podemos guardar ya silencio. Los representantes del pueblo violan un mandamiento solemne; la nacion se conmueve ya, y en el último dia consagrado á la penitencia pública, muchos fieles han hecho oír sus quejas. ¡Qué deplorable posicion para la Iglesia! Tiene que pronunciar su testimonio contra los pecados de una cámara que, por sus derechos y sus deberes, ocupa una posicion eminente. Nuestra gran inquietud nace de esa violacion pública del cuarto mandamiento, de lo cual resulta un daño incalculable. ¿Cómo podríamos velar por la observancia de la palabra de Dios, cuando la cámara da el escándalo de violar públicamente la ley que Dios ha dado á los hombres? Porque es uno de los deberes más sagrados de nuestro ministerio mantener el respeto debido á la autoridad: nosotros predicamos que los fieles deben temer á Dios y venerar al rey; nosotros enseñamos que Dios ha establecido los príncipes para ejercer su venganza sobre los malos y para proteger á los buenos; nosotros profesamos que los príncipes no llevan en vano la espada. Mas ¿de qué servirán nuestras exhortaciones y nuestros consejos, si los representantes del pueblo, reunidos en torno de su monarca, faltan impunemente al respeto de la majestad real al pié mismo del trono?" (1).

Desafiamos al hombre más grave á que guarde su seriedad al leer esta obra maestra de necedad. Pero la risa se convierte en indignacion cuando se ve á lo que tienden las predicaciones ortodoxas y cuál es su triste fruto. En nombre de Dios, sus ministros excitan al rey al perjurio, en nombre de Dios condenan como un crimen la resistencia que los representantes de la nacion oponen á la arbitrariedad real (2). Si los fieles creyeran á sus pastores, harian causa comun con los magnates; pero ¿causa comun contra quién? Contra sí mismos, porque se trata de sus derechos y de sus intereses.

(1) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1865, p. 575 y siguientes.  
(2) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1865, p. 575.

Los protestantes no escuchan á sus pastores, como tampoco atienden los católicos al papa. Si las cosas no pasáran de aquí, la desgracia no sería muy grande: la Iglesia debe trasformarse si no quiere morir; pero si la Iglesia muere, ¿qué será del cristianismo? Por todas partes se nota en Alemania una antipatía creciente contra los ministros de Dios; y ¿cómo no ha de ser así, cuando en todas partes son los pastores cómplices del sistema de los príncipes? Desgraciadamente la hostilidad no se limita al clero. En los países católicos, casi todos los que desertan de la Iglesia van á dar en la incredulidad, y casi lo propio sucede en los países protestantes, no porque en éstos se identifique la Iglesia con la religion; pero cuando los hombres oyen á sus pastores vituperar, en nombre del cristianismo, todo lo que aman, todo lo que desean, ¿no han de ver un enemigo en la religion del Cristo? (1).

#### § IV.—El protestantismo ortodoxo y el porvenir religioso de la humanidad.

##### N.º 1.—El luteranismo.

#### I.

La ortodoxia protestante es una ficcion. ¿Qué es, en efecto, la ortodoxia? La palabra es griega y la idea viene del cristianismo bizantino. En los primeros siglos había una gran variedad de opiniones sobre el dogma, ó, por mejor decir, no había artículos de fe, pues que nada estaba determinado. Así sucedía con el dogma fundamental de la religion cristiana, que aun cuando los fieles convinieran en exaltar la gran figura del Cristo, estaban lejos de considerarlo como idéntico con Dios. Para poner fin á estas divisiones se reunieron los obispos de la cristiandad en Nicea, bajo la presidencia de Constantino, y el concilio decidió que Jesucristo es el Hijo de Dios y que es consustancial con el Padre. Esta doctrina fué impuesta á todos los creyentes como una verdad revelada: "Ha parecido, dicen los Padres de Nicea, al Espíritu Santo y nos ha parecido á nosotros..." Se necesitó además la autoridad del emperador para dar una sancion exterior á los decretos del concilio. Las opiniones contrarias á la divinidad del Cristo fueron proscritas como heréticas.

(1) SCHENKEL, *Die kirchliche Frage*, p. 26.